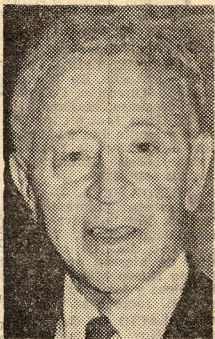


Rubinstein, Alcántara y la O. N. E., en el Real

PROGRAMA.—I: «Divertimento en re mayor, K 136», y «Concerto en re menor, K 466, para piano y orquesta», de Mozart. (Solista: Arthur Rubinstein.) — **II:** «Manfredo (obertura)» y «Concerto en la menor, op. 54, para piano y orquesta, de Schuman. (Solista: Arthur Rubinstein.) Orquesta Nacional de España. (Director: Theo Alcántara.) Teatro Real Madrid, 3-V-1974.

Una vez más, la filarmónica madrileña se agranda hasta el punto de ver en las carteleras del teatro Real el elocuente letrado de «No hay localidades» desde algunas fechas antes de la del anuncio de concierto. Se trata de Rubinstein, a cuya cita acudiremos siempre los músicos, los aficionados y también aquellos muchos que quieren verle de cerca, decir que le escucharon un día. Verdaderamente, es curioso este poder tomar parte en un trozo de arte que ya es historia e importante capítulo de ella, y poder hacerlo ante la presencia física de su gran protagonista. Rubinstein —ochenta y ocho años de edad—, con su milagro repetido, iniciado desde su sencillo caminar esguído por el escenario, con su personalísimo «saber estar ante el piano, cuidadoso por instinto de su presencia en ese constante estirarse las solapas de su frac, jamás defraudada a nadie y siempre encantada, merecedor de esas concurrencias masivas que salen, después de ovacionarle enardecidas por su talento artístico, entusiasmadas, felices, incansables en el comentario elogioso. [Tan sólo su sonido loraciones con calidad asomíngualable, de múltiples cobrosa, podría ocupar esta nota por entero;] quizá podría ocurrir igual, tratando de estudiar —si ello fuera posible— esa poesía personalísima que emana de su interpretación, no ya de la entera «Romanza» mozartiana, sino de la misma primera «reprise» temática... ¿Qué cabe decir de su concepto schumanniano? Generoso en su entrega emotiva, cerebral por músico de cuerpo entero, ahí nos



Rubinstein

queda su lección hermosa del «Concerto», de Schumann, modélica en verdad. Añádmole el portento de sus facultades, capaces de permitirle la interpretación doble (un «Concerto» en cada parte) y el conceder luego, como bis bien rogado, un «Scherzo» de Chopin..., y habremos explicado en parte, solamente en parte, ese merecido y clamoroso éxito que se repite —así en esta ocasión— ante «el milagro Rubinstein».

En su triunfo participaron, con muy legítimos merecimientos, nuestra O. N. E., bajo la dirección de una de las mejores batutas españolas: la del conense Theo Alcántara. Además de las colaboraciones prestadas a Rubinstein, difíciles porque siempre es comprometida esta misión

de situarse a su lado —al lado de un temperamento artístico para quien «el momento» es mucho en su personal resolución—, hallamos que el «Divertimento» mozartiano sonó precioso en su conseguida calidad, fiel exponente de la reconocida valía de los profesores de la Nacional, aquí en la cuerda que pudo y debió ser todavía reducida en esa treintena utilizada, para que el peso resultara aún más liviano, evitando también unas contenciones de notas, sorprendentes dentro del buen estilo observado. Vehemente, obteniendo la pedida respuesta de nuestros admirados instrumentistas, Alcántara logró una muy feliz traducción de la obertura de «Manfredo», de Schuman, bien ordenada y sobresaliente en su final indicado, perfectamente, por una batuta que por española y valiosa, queremos ver más a menudo en nuestros conciertos. En resumen: una sesión brillante por todo concepto y que, organizada por la Dirección General de Bellas Artes (Comisaría de la Música) venía a poner un espléndido epílogo a la temporada del Real clausurada el anterior viernes.